

El sueño de Sultana

El sueño de Sultana

Rokeya Sakhawat Hossain (1905) *Publicado originalmente en inglés en The Indian Ladies' Magazine, Madrás, 1905. (Traducción libre a partir del texto original en inglés, de dominio público)*

Una tarde estaba yo repantigada en un sillón de mi habitación, pensando perezosamente en la condición de las mujeres indias. No sé con certeza si llegué a dormirme o no. Pero, hasta donde recuerdo, estaba completamente despierta. Vi el cielo iluminado por la luna, resplandeciente de miles de estrellas como diamantes, con toda claridad.

De repente, una dama apareció ante mí; cómo entró, no lo sé. La tomé por mi amiga, la Hermana Sara.

—Buenos días —dijo la Hermana Sara. Sonreí para mis adentros, pues sabía que no era de día, sino noche estrellada. Aun así, le respondí:— ¿Cómo estás?

—Yo estoy bien, gracias. ¿Quieres salir a ver nuestro jardín?

Volví a mirar la luna por la ventana abierta y pensé que no había ningún mal en salir a esa hora. Los sirvientes de fuera estaban profundamente dormidos, así que podría dar un agradable paseo con la Hermana Sara.

Solíamos pasear juntas cuando estábamos en Darjeeling. Muchas veces caminamos de la mano charlando alegremente por los jardines botánicos de allí. Imaginé que la Hermana Sara había venido probablemente a llevarme a un jardín parecido, y acepté de buena gana su invitación y salí con ella.

Al caminar descubrí, para mi sorpresa, que era una mañana espléndida. La ciudad estaba completamente despierta y las calles bullían de gente. Me sentía muy avergonzada, pensando que caminaba por la calle a plena luz del día, pero no se veía ni un solo hombre.

Algunos transeúntes hacían bromas a mi paso. Aunque no entendía su idioma, sentí con certeza que se estaban riendo. Le pregunté a mi amiga:

—¿Qué dicen?

—Las mujeres dicen que pareces muy varonil.

—¿Varonil? —dije—. ¿Qué quieren decir con eso?

—Quieren decir que eres tímida y recatada como los hombres.

—¿Tímida y recatada como los hombres? —Aquello era realmente una broma. Me puse muy nerviosa al descubrir que mi acompañante no era la Hermana Sara, sino una desconocida. Qué tonta había sido al confundir a esta dama con mi querida y vieja amiga.

Ella notó cómo temblaban mis dedos entre los suyos, mientras caminábamos de la mano.

—¿Qué te ocurre, querida? —dijo con cariño.

—Me siento un poco incómoda —dije en tono casi de disculpa—, pues siendo una mujer acostumbrada al purdah, no estoy habituada a caminar sin velo.

—No tienes por qué temer encontrarte con un hombre aquí. Esto es el País de las Damas, libre de pecado y de daño. Aquí reina la Virtud misma.

Poco a poco fui disfrutando del paisaje. Realmente era magnífico. Confundí un trozo de césped verde con un cojín de terciopelo. Sintiendo que caminaba sobre una alfombra suave, bajé la vista y encontré el sendero cubierto de musgo y flores.

—Qué bonito es esto —dije.

—¿Te gusta? —preguntó la Hermana Sara. (Yo seguía llamándola “Hermana Sara”, y ella seguía llamándose por mi nombre).

—Sí, mucho; pero no me gusta pisar estas flores tan delicadas y dulces.

—No te preocupes, querida Sultana; tu paso no les hará daño, son flores de la calle.

—Todo el lugar parece un jardín —dije admirada—. Has dispuesto cada planta con tanta habilidad.

—Tu Calcuta podría convertirse en un jardín más bonito que este, si tus compatriotas quisieran que así fuera.

—Pensarían que es inútil dedicar tanta atención a la horticultura, teniendo tantas otras cosas que hacer.

—No podrían encontrar mejor excusa —dijo ella sonriendo.

Sentí mucha curiosidad por saber dónde estaban los hombres. Me crucé con más de un centenar de mujeres mientras caminábamos, pero ni un solo hombre.

—¿Dónde están los hombres? —le pregunté.

—En su lugar apropiado, donde deben estar.

—Por favor, dime qué quieres decir con “su lugar apropiado”.

—Ah, veo mi error, no puedes conocer nuestras costumbres, ya que nunca habías estado aquí. Nosotras encerramos a nuestros hombres en casa.

—¿Igual que a nosotras nos encierran en el zenana?

—Exactamente así.

—Qué gracioso —solté una carcajada. La Hermana Sara también se rió.

—Pero, querida Sultana, qué injusto es encerrar a las mujeres, que son inofensivas, y dejar sueltos a los hombres.

—¿Por qué? No es seguro para nosotras salir del zenana, ya que somos naturalmente débiles.

—Sí, no es seguro mientras haya hombres en las calles, igual que no lo es cuando un animal salvaje entra en un mercado.

—Claro que no.

—Supongamos que algunos locos escapan del manicomio y empiezan a hacer todo tipo de daño a hombres, caballos y otras criaturas; en ese caso, ¿qué harían tus compatriotas?

—Intentarían capturarlos y devolverlos al manicomio.

—¡Gracias! ¿Y no te parece más sensato mantener dentro a la gente cuerda y dejar suelta a la que no lo está?

—¡Claro que no! —dije riendo con ligereza.

—¡Pues eso es exactamente lo que se hace en tu país! ¡Los hombres, que hacen, o al menos son capaces de hacer, todo tipo de daño, andan sueltos, y las mujeres inocentes están encerradas en el zenana! ¿Cómo podéis confiar fuera de casa en esos hombres sin ninguna disciplina?

—Nosotras no tenemos voz ni voto en la gestión de nuestros asuntos sociales. En la India, el hombre es señor y amo, se ha apropiado de todo el poder y los privilegios, y ha encerrado a las mujeres en el zenana.

—¿Por qué permitís que os encierren?

—Porque no se puede evitar, ya que ellos son más fuertes que las mujeres.

—Un león es más fuerte que un hombre, pero eso no le permite dominar a la raza humana. Vosotras habéis descuidado el deber que os debéis a vosotras mismas, y habéis perdido vuestros derechos naturales por cerrar los ojos ante vuestros propios intereses.

—Pero, querida Hermana Sara, si lo hacemos todo nosotras mismas, ¿qué harán entonces los hombres?

—No deberían hacer nada, si me perdonas; no sirven para nada. Solo hay que atraparlos y meterlos en el zenana.

—Pero ¿sería muy fácil atraparlos y encerrarlos entre cuatro paredes? —dije—. E incluso si se hiciera, ¿se irían también con ellos todos sus asuntos, políticos y comerciales, al zenana?

La Hermana Sara no respondió. Solo sonrió dulcemente. Quizás pensó que era inútil discutir con alguien que no era mejor que una rana en un pozo.

Para entonces habíamos llegado a la casa de la Hermana Sara. Estaba situada en un hermoso jardín con forma de corazón. Era un bungalow con tejado de chapa ondulada. Era más fresco y agradable que cualquiera de nuestros ricos edificios. No puedo describir lo pulcro, lo bien amueblado y lo decorado con buen gusto que estaba.

Nos sentamos una junto a la otra. Ella sacó de la sala una labor de bordado y comenzó a aplicar un diseño nuevo.

—¿Sabes hacer punto y labores de aguja?

—Sí; no tenemos otra cosa que hacer en nuestro zenana.

—¡Pero nosotras no confiamos labores de bordado a nuestros hombres recluidos! —dijo riendo—. ¡Un hombre no tiene paciencia ni para pasar un hilo por el ojo de una aguja!

—¿Has hecho tú misma todo este trabajo? —le pregunté, señalando las distintas piezas de tela bordada.

—Sí.

—¿Cómo encuentras tiempo para hacer todo esto? Además tienes que hacer el trabajo de oficina, ¿no?

—Sí. No me quedo todo el día pegada al laboratorio. Termino mi trabajo en dos horas.

—¡En dos horas! ¿Cómo te las arreglas? En nuestra tierra los funcionarios, los magistrados por ejemplo, trabajan siete horas diarias.

—He visto a algunos de ellos trabajar. ¿Crees que trabajan las siete horas completas?

—¡Por supuesto que sí!

—No, querida Sultana, no lo hacen. Pierden el tiempo fumando. Algunos fuman dos o tres puros durante el horario de oficina. Hablan mucho de su trabajo, pero hacen poco. Supón que un puro tarda media hora en consumirse, y que un hombre fuma doce puros al día; entonces, como ves, desperdicia seis horas al día solo en fumar.

Hablamos de varios temas, y supe que allí no sufrían ninguna enfermedad epidémica, ni picaduras de mosquito como nosotras. Me sorprendió muchísimo saber que en el País de las Damas nadie moría joven, salvo por raro accidente.

—¿Te gustaría ver nuestra cocina? —me preguntó.

—Con mucho gusto —dije, y fuimos a verla. Por supuesto, se había pedido a los hombres que se retiraran mientras yo iba allí. La cocina estaba situada en un hermoso huerto. Cada enredadera, cada planta de tomate era en sí misma un adorno. No encontré humo, ni chimenea alguna en la cocina; estaba limpia y luminosa, las ventanas decoradas con jardines de flores. No había rastro de carbón ni de fuego.

—¿Cómo cocináis? —pregunté.

—Con calor solar —dijo, mostrándome al mismo tiempo el tubo por el que pasaba la luz solar concentrada y el calor. Y cocinó algo allí mismo para mostrarme el proceso.

—¿Cómo lograsteis reunir y almacenar el calor del sol? —le pregunté con asombro.

—Deja que te cuente un poco de nuestra historia pasada. Hace treinta años, cuando nuestra actual Reina tenía trece años, heredó el trono. Era Reina solo de nombre; en realidad gobernaba el país el Primer Ministro.

»A nuestra buena Reina le gustaba mucho la ciencia. Hizo circular una orden para que todas las mujeres de su país recibieran educación. En consecuencia, se fundaron numerosas escuelas para niñas, financiadas por el gobierno. La educación se extendió ampliamente entre las mujeres. Y también se detuvo el matrimonio precoz.

A ninguna mujer se le permitía casarse antes de los veintiún años. Debo decirte que, antes de este cambio, se nos mantenía en estricto purdah.

—Cómo se han invertido los papeles —interrumpí riendo.

—Pero la reclusión sigue siendo la misma —dijo—. En pocos años tuvimos universidades separadas, donde no se admitía a ningún hombre.

»En la capital, donde vive nuestra Reina, hay dos universidades. Una de ellas inventó un globo asombroso, al que le acoplaron varios tubos. Mediante este globo cautivo, que lograban mantener flotando por encima de las nubes, podían extraer de la atmósfera toda el agua que quisieran. Como el agua era extraída incesantemente por el personal de la universidad, no se formaban nubes, y la ingeniosa Rectora detuvo así la lluvia y las tormentas.

—¡Vaya! ¡Ahora entiendo por qué no hay barro aquí! —dije. Pero no pude entender cómo era posible acumular agua en los tubos. Ella me lo explicó, pero no logré comprenderla, ya que mis conocimientos científicos eran muy limitados. Sin embargo, continuó:— Cuando la otra universidad se enteró de esto, sintieron una envidia enorme e intentaron hacer algo aún más extraordinario. Inventaron un instrumento con el que podían reunir tanto calor solar como quisieran. Y mantuvieron ese calor almacenado para distribuirlo entre otros según fuera necesario.

»Mientras las mujeres se dedicaban a la investigación científica, los hombres de este país estaban ocupados aumentando su poder militar. Cuando se enteraron de que las universidades femeninas eran capaces de extraer agua de la atmósfera y recoger calor del sol, se limitaron a reírse de las integrantes de las universidades y calificaron todo el asunto de “pesadilla sentimental”.

—¡Vuestros logros son realmente asombrosos! Pero decidme, ¿cómo lograsteis meter a los hombres de vuestro país en el zenana? ¿Los engañasteis primero?

—No.

—No parece probable que renunciaran voluntariamente a su vida libre al aire abierto para confinarse entre las cuatro paredes del zenana. Debieron ser vencidos por la fuerza.

—¡Sí, así fue!

—¿Por quién? ¿Por guerreras, supongo?

—No, no por las armas.

—Entonces no puede ser. Los brazos de los hombres son más fuertes que los de las mujeres. ¿Entonces?

—Por el cerebro.

—Pero incluso sus cerebros son más grandes y pesados que los de las mujeres, ¿no?

—Sí, ¿pero qué importa eso? Un elefante también tiene un cerebro más grande y pesado que el de un hombre. Y sin embargo, el hombre puede encadenar elefantes y emplearlos según sus deseos.

—Bien dicho, pero decidme por favor cómo ocurrió todo realmente. ¡Me muero por

saberlo!

—Los cerebros de las mujeres son algo más rápidos que los de los hombres. Hace diez años, cuando los oficiales militares llamaron “pesadilla sentimental” a nuestros descubrimientos científicos, algunas jóvenes quisieron responder a esos comentarios. Pero ambas Rectoras las contuvieron y les dijeron que debían responder no con palabras, sino con hechos, si alguna vez tenían la oportunidad. Y no tuvieron que esperar mucho para esa oportunidad.

—¡Qué maravilla! —aplaudí de todo corazón—. Y ahora los orgullosos caballeros sueñan ellos mismos sueños sentimentales.

—Poco después, ciertas personas llegaron de un país vecino y se refugiaron en el nuestro. Estaban en apuros por haber cometido alguna ofensa política. El rey, que se preocupaba más por el poder que por el buen gobierno, pidió a nuestra bondadosa Reina que se los entregara a sus oficiales. Ella se negó, pues iba contra su principio expulsar a los refugiados. Por esta negativa, el rey declaró la guerra a nuestro país.

»Nuestros oficiales militares se pusieron en pie de inmediato y marcharon al encuentro del enemigo. Sin embargo, el enemigo era demasiado fuerte para ellos. Nuestros soldados lucharon con valentía, sin duda. Pero a pesar de todo su valor, el ejército extranjero avanzó paso a paso invadiendo nuestro país.

»Casi todos los hombres habían salido a luchar; ni siquiera se quedó en casa un muchacho de dieciséis años. La mayoría de nuestros guerreros murieron, el resto fue rechazado, y el enemigo llegó a apenas veinticinco millas de la capital.

»Se celebró una reunión de sabias damas en el palacio de la Reina para decidir qué hacer para salvar la tierra. Algunas propusieron luchar como soldados; otras se opusieron, diciendo que las mujeres no estaban entrenadas para combatir con espadas y armas de fuego, ni acostumbradas a manejar arma alguna. Un tercer grupo comentó con pesar que eran desesperadamente débiles de cuerpo.

»“Si no podéis salvar vuestro país por falta de fuerza física”, dijo la Reina, “intentadlo mediante la fuerza del cerebro.”

»Hubo un silencio sepulcral durante unos minutos. Su Alteza Real dijo de nuevo: “Tendré que quitarme la vida si se pierde la tierra y mi honor.”

»Entonces la Rectora de la segunda universidad (la que había recogido el calor solar), que había estado pensando en silencio durante la consulta, comentó que estaban prácticamente perdidas y que quedaba poca esperanza. Sin embargo, había un plan que le gustaría intentar, y sería su primer y último esfuerzo; si fallaba, no quedaría más remedio que quitarse la vida. Todas las presentes juraron solemnemente que jamás permitirían que las esclavizaran, pasara lo que pasara.

»La Reina les agradeció de corazón y pidió a la Rectora que probara su plan. La Rectora se levantó de nuevo y dijo: “Antes de salir, los hombres deben entrar en los zenanas. Pido esto por el purdah.” “Sí, por supuesto”, respondió Su Alteza Real.

»Al día siguiente, la Reina llamó a todos los hombres a retirarse a los zenanas, por el honor y la libertad. Heridos y agotados como estaban, ¡recibieron aquella orden casi como un regalo! Se inclinaron profundamente y entraron en los zenanas sin pronunciar una sola palabra de protesta. Estaban seguros de que ya no había

esperanza alguna para el país.

»Entonces la Rectora, con sus dos mil estudiantes, marchó hacia el campo de batalla y, al llegar, dirigió todos los rayos de luz solar concentrada y calor hacia el enemigo.

»El calor y la luz eran demasiado para que pudieran soportarlos. Todos huyeron presas del pánico, sin saber en su desconcierto cómo contrarrestar aquel calor abrasador. Cuando huyeron dejando atrás sus armas y municiones, fueron calcinados por ese mismo calor solar. Desde entonces, nadie ha vuelto a intentar invadir nuestro país.

—¿Y desde entonces vuestros compatriotas nunca han intentado salir del zenana?

—Sí, querían ser libres. Algunos comisarios de policía y magistrados de distrito enviaron mensaje a la Reina diciendo que los oficiales militares sin duda merecían ser encarcelados por su fracaso, pero que nunca habían descuidado su deber y por tanto no debían ser castigados, y suplicaron ser repuestos en sus respectivos cargos.

»Su Alteza Real les envió una circular haciéndoles saber que, si alguna vez se necesitaran sus servicios, serían llamados, y que mientras tanto debían permanecer donde estaban. Ahora que están acostumbrados al sistema de purdah y han dejado de quejarse de su reclusión, llamamos al sistema “Mardana” en lugar de “zenana”.

—Pero ¿cómo os las arregláis —le pregunté a la Hermana Sara— para prescindir de la policía o los magistrados en caso de robo o asesinato?

—Desde que se estableció el sistema “Mardana”, no ha habido más crimen ni pecado; por lo tanto, no necesitamos policía para encontrar a un culpable, ni magistrado para juzgar un caso criminal.

—Eso es realmente muy bueno. Supongo que si hubiera alguna persona deshonesto, podríais castigarla fácilmente. Ya que obtuvisteis una victoria decisiva sin derramar una sola gota de sangre, ¡podríais también acabar con el crimen y los criminales sin mucha dificultad!

—Bueno, querida Sultana, ¿te quedarás aquí o vienes a mi sala?

—¡Tu cocina no tiene nada que envidiar al tocador de una reina! —respondí con una sonrisa agradable—, pero debemos irnos ya; los caballeros deben de estar maldiciéndome por tenerlos alejados tanto tiempo de sus tareas en la cocina. —Ambas nos reímos de buena gana.

—Cómo se divertirán y se asombrarán mis amigas en casa, cuando vuelva y les cuente que en el lejano País de las Damas, las damas gobiernan el país y controlan todos los asuntos sociales, mientras los caballeros son mantenidos en los “Mardanas” para cuidar bebés, cocinar y hacer todo tipo de tareas domésticas; ¡y que cocinar es algo tan fácil que resulta un simple placer hacerlo!

—Sí, cuéntales todo lo que ves aquí.

—Por favor, dime, ¿cómo lleváis a cabo el cultivo de la tierra, cómo la aráis y hacéis los demás trabajos manuales duros?

—Nuestros campos se labran mediante electricidad, que también proporciona la fuerza motriz para otros trabajos duros, y la empleamos igualmente para nuestros

vehículos aéreos. Aquí no tenemos ferrocarril ni calles pavimentadas.

—Por lo tanto, tampoco ocurren accidentes de calle ni de tren —dije—. ¿Nunca sufrís por falta de agua de lluvia? —pregunté.

—Nunca, desde que se instaló el “globo de agua”. Ves ese gran globo con los tubos acoplados. Con su ayuda podemos extraer tanta agua de lluvia como necesitamos. Tampoco sufrimos nunca inundaciones ni tormentas eléctricas. Todas estamos muy ocupadas haciendo que la naturaleza rinda todo lo que puede dar. No tenemos tiempo de pelearnos entre nosotras, pues nunca nos quedamos ociosas. A nuestra noble Reina le encanta la botánica; su ambición es convertir todo el país en un gran jardín.

—Excelente idea. ¿Cuál es vuestro alimento principal?

—Las frutas.

—¿Cómo mantenéis fresco vuestro país en el clima cálido? Nosotras consideramos la lluvia en verano una bendición del cielo.

—Cuando el calor se vuelve insoportable, rociamos el suelo con abundantes duchas extraídas de fuentes artificiales. Y en invierno mantenemos calientes nuestras habitaciones con calor solar.

Me mostró su cuarto de baño, cuyo techo era desmontable. Podía disfrutar de una ducha cuando quisiera, simplemente retirando el techo (que era como la tapa de una caja) y abriendo el grifo de la regadera.

—¡Sois un pueblo afortunado! —exclamé—. No conocéis la carencia. ¿Cuál es vuestra religión, si puedo preguntar?

—Nuestra religión se basa en el Amor y la Verdad. Es nuestro deber religioso amarnos las unas a las otras y ser absolutamente sinceras. Si alguna persona miente, ella o él...

—¿Es castigada con la muerte?

—No, con la muerte no. No nos complace matar a una criatura de Dios, especialmente a un ser humano. Al mentiroso se le pide que abandone esta tierra para siempre y no vuelva jamás.

—¿Nunca se perdona a quien ofende?

—Sí, si esa persona se arrepiente sinceramente.

—¿No se os permite ver a ningún hombre, excepto a vuestros propios familiares?

—A nadie excepto a parientes sagrados.

—Nuestro círculo de parientes sagrados es muy limitado; ni siquiera los primos hermanos son sagrados.

—Pero el nuestro es muy amplio; un primo lejano es tan sagrado como un hermano.

—Eso es muy bueno. Veo que la pureza misma reina en vuestra tierra. Me gustaría ver a la buena Reina, tan sabia y previsora, que ha establecido todas estas normas.

—Muy bien —dijo la Hermana Sara.

Entonces atornilló un par de asientos a una plancha cuadrada. A esta plancha le sujetó dos bolas lisas y muy pulidas. Cuando le pregunté para qué eran esas bolas, dijo que eran bolas de hidrógeno y que se usaban para vencer la fuerza de la gravedad. Las bolas tenían distintas capacidades, según los diferentes pesos que se quisieran superar. Luego sujetó al vehículo aéreo dos aspas parecidas a alas, que, según dijo, funcionaban mediante electricidad. Una vez sentadas cómodamente, ella tocó una perilla y las aspas comenzaron a girar, cada vez más rápido. Al principio nos elevamos a una altura de unos seis o siete pies, y después salimos volando. Y antes de que pudiera darme cuenta de que habíamos empezado a movernos, llegamos al jardín de la Reina.

Mi amiga hizo descender el vehículo aéreo invirtiendo el mecanismo, y cuando el vehículo tocó tierra, la máquina se detuvo y bajamos.

Había visto desde el vehículo aéreo a la Reina paseando por un sendero del jardín con su hijita pequeña (que tenía cuatro años) y sus damas de honor.

—¡Hola! ¡Tú por aquí! —exclamó la Reina dirigiéndose a la Hermana Sara. Fui presentada a Su Alteza Real y ella me recibió cordialmente, sin ceremonia alguna.

Me alegró muchísimo conocerla. En el transcurso de la conversación que mantuvimos, la Reina me dijo que no tenía inconveniente en permitir que sus súbditas comerciaran con otros países. “Pero”, continuó, “no era posible comerciar con países donde las mujeres estaban recluidas en zenanas y por tanto no podían venir a comerciar con nosotras. Los hombres, hemos comprobado, tienen una moral bastante inferior, así que no nos gusta tratar con ellos. No codiciamos la tierra ajena, no luchamos por un trozo de diamante aunque sea mil veces más brillante que el Koh-i-Noor, ni envidiamos a ningún gobernante su Trono del Pavo Real. Nos sumergimos en el océano del conocimiento e intentamos hallar las gemas preciosas que la naturaleza ha reservado para nosotras. Disfrutamos de los dones de la naturaleza tanto como podemos.”

Tras despedirme de la Reina, visité las famosas universidades, y me mostraron algunas de sus fábricas, laboratorios y observatorios.

Después de visitar estos lugares de interés, volvimos a subir al vehículo aéreo, pero en cuanto empezó a moverse, de alguna manera resbalé, y la caída me sobresaltó y me sacó de mi sueño. Y al abrir los ojos, ¡me encontré en mi propia habitación, todavía repantigada en el sillón!

Traducción realizada a partir del texto original en inglés (dominio público), disponible en la Digital Library de la Universidad de Pensilvania (proyecto “A Celebration of Women Writers”):
digital.library.upenn.edu/women/sultana/dream/dream.html